

JUAN ANTONIO MUÑOZ H.

Escuchar “Carmina Burana” en un Estadio Nacional colmado produjo anoche un efecto poco habitual: esa fricción entre la magnitud sonora y la masa humana, donde la música se vuelve una experiencia compartida más que un repertorio para entendidos.

Desde el primer golpe de “O Fortuna”, la obra de Carl Orff se expandió con naturalidad sobre un público de 40.339 personas, unas cinco mil más que en la Novena de Beethoven del año pasado, confirmando que el repertorio sinfónico de gran formato no pierde densidad cuando se amplía la escala; a veces la gana.

Antes del inicio, la rectora de la Universidad de Chile, Rosa Devés, ofreció una clave del sentido del encuentro: “La cultura es un bien público y no un privilegio (...). Que esta noche, aquí en el Estadio Nacional, la música nos recuerde quiénes somos, lo que podemos ser juntos y la responsabilidad que compartimos de cuidar lo que nos une”.

Devés también hizo un emocionado homenaje al maestro Rodolfo Saglimbeni, quien por seis años fue director titular de la Orquesta Sinfónica. “El maestro Saglimbeni fue un hombre sabio y bueno. Nos ayudó a perseverar en tiempos difíciles, a cuidarnos mutuamente, a valorar el encuentro con los grandes públicos y a trabajar por la educación musical”.

Entre los asistentes estuvieron el ministro del Interior, Álvaro Elizalde; el ministro de Seguridad, Luis Cordero, y la ministra de las Culturas, Carolina Arredondo. La expresidenta Michelle Bachelet fue saludada en dos ocasiones y aplaudida por el público, aunque finalmente no estuvo en el concierto, lo que añadió cierta curiosidad al ambiente previo.

Con ese marco trazado, la obra pudo desplegarse sin necesidad de justificar su presencia en un estadio.

Las pantallas con subtítulos permitieron seguir el texto me-

La cantata compuesta por Carl Orff fue la protagonista de un evento gratuito:

Más de 40 mil personas aplauden “Carmina Burana” en el Estadio Nacional

La presentación mostró que obras de gran formato pueden habitar los amplios espacios del país, sin perder densidad ni rigor artístico. “La cultura es un bien público y no un privilegio”, dijo Rosa Devés, rectora de la U. de Chile.



ASISTENCIA.— Más de 40 mil entradas se entregaron para el concierto organizado por la Universidad de Chile. En el estadio se vivió un ambiente de emoción.

“Que esta noche, aquí en el Estadio Nacional, la música nos recuerde quiénes somos, lo que podemos ser juntos y la responsabilidad que compartimos de cuidar lo que nos une”.

ROSA DEVÉS
RECTORA DE LA U. DE CHILE

dieval enfatizando los cuatro núcleos temáticos que articulan la cantata: la Fortuna (destino), la Primavera (renacer), el Amor (físico y trágico) y la Taberna (los placeres mundanos).

Una obra que Chile adoptó hace décadas

En Chile, “Carmina Burana” tiene una historia singular. Los conjuntos de la Universidad de

INICIO.— A las 19:30 horas comenzó la interpretación musical.

Chile la han interpretado repetidamente, y la coreografía de Ernst Uthoff, estrenada en 1953, selló su vínculo con la danza nacional. Desde entonces quedó fijada en el repertorio escénico del país como una obra en la que conviven lo académico, lo popular y lo teatral.

La Orquesta Sinfónica Nacio-



MÚSICOS.— La obra fue interpretada por la Orquesta Sinfónica Nacional de Chile, dirigida por Carlos Vieu, y el Coro Sinfónico U. de Chile.



nal de Chile y el Coro Sinfónico abordaron la partitura con precisión rítmica y equilibrio. Buena parte de esa solvencia se debió al trabajo del director Carlos Vieu, quien dirigió sin partitura y con una claridad gestual que mantuvo el pulso y la arquitectura de la obra sin perder flexibilidad. No es un detalle menor: “Carmina

Burana” exige una conducción firme para no convertirse en puro efecto, y aquí se evitó esa trampa con inteligencia.

Los solistas fueron el barítono Pablo Oyanedel, con una intervención vocal robusta y expresiva; el contratenor Marcial Mendoza, que aportó humor oscuro al célebre “cisne asado”, y la soprano Tabita Martínez, precisa en una partitura muy exigente en los agudos.

“Carmina Burana” en el Estadio Nacional dejó una constatación difícil de ignorar: cuando se confía en el público y se trabaja con rigor, el repertorio de gran formato no necesita excusas, ni mediaciones, ni espacios protegidos para sostenerse. Lo que ocurrió anoche no fue una extravagancia ni un gesto excepcional, sino una corrección de escala: la música volvió a ocupar un lugar que ya le pertenecía.